

piés se agitaba la muchedumbre como las olas del mar, hasta perderse de vista. Figuráos que ningún clarín hubiese sido bastante poderoso para enviar sus sonidos solamente hasta el centro de la vasta circunferencia. De pronto sube, creciendo, una nota sonora, como la vibración argentina que se escapa de una campana. Distinta y clara, llevada por las ondas aéreas, se desliza como podría deslizarse un pájaro. Lanzada hasta los confines del inmenso círculo, jugaba, al pasar, con las pasiones desencadenadas, y los sollozos ó la risa le respondían, á su voluntad. Entonces comprendí la infinita variedad de tonos que posee la armoniosa voz humana para excitar ó para calmar; entonces se reveló á mi alma la gran vida antigua, con sus tormentas, y adiviné á la inconstante Atenas y el movimiento de sus olas humanas al pie de la roca desde donde la arengaba Demóstenes».

De otros oradores, como Disraeli, Gladstone y algunos más, que empiezan á darse á conocer en esta época, hablaremos en la siguiente, que es á la que en realidad pertenecen.

Durante esta primera mitad del siglo, comenzó á adquirir en la Gran Bretaña gran importancia la prensa periódica, aunque no era dado presumir todavía el desarrollo extraordinario que á poco iba á tener. El *Times* no tiraba sino diez mil ejemplares en mil ochocientos treinta y cuatro, y veintinueve mil diez años después. La seriedad con que esta publicación cumplía su cometido y la honrada independencia que demostraba, le granjearon el favor del público. En mil ochocientos cuarenta y cinco, cuando la construcción demasiado rápida de los caminos de hierro y la fiebre de especulación que produjo causaron la ruina de tantos capitalistas, el director del *Times*, Juan Walter, rehusó insertar en su periódico muchos anuncios de las empresas. Se calcula que con esto dejó de ganar muchos días hasta cincuenta mil pesetas.

Como remate del presente capítulo, debemos decir algo acerca de la literatura de los pueblos más septentrionales de Europa, cuyos escritores gozan hoy de tan merecida reputación. La mayor parte de los nombres que vamos á estampar sonarán extrañamente en los oídos de nuestros lectores, pero algunos son ya familiares en España.

Al empezar el siglo décimo-noveno, hay en Rusia poetas puramente nacionales, como Lermonosof y Derchavine, que imitan el pseudo-clasicismo francés; no tardan, sin embargo, en aparecer algunos jóvenes, como Chukovski, Batiuchkóf, Viazemski, que se inspiran primeramente en el romanticismo germánico, luego en el italo-español y, por último, en el francés. El célebre Puchkine refleja en sus escritos las varias direcciones dominantes: al principio, hace sonar la cuerda del patriotismo, con aplauso del viejo partido ruso; después, déjase llevar del ejemplo de lord Byron. En la misma vía que Puchkine entraron los poetas de la Lithuania y de la Ucrania, Mickievicz, Bohdan Zaleski, Goszczyuski, Malczewski. Se explica bien la influencia ejercida sobre ellos por Byron; pues el deseo que se descubría en este último de ver despuntar un porvenir mejor, no era posible que encontrase en parte alguna eco tan simpático como en los ardientes corazones del gran

imperio eslavo, que, participando de la cultura más elevada de sus contemporáneos, rebelábanse contra la suerte que los condenaba á vivir entre la civilización y la barbarie. No pudiendo los poetas rusos emitir francamente sus opiniones en materia política, valíanse de circunloquios, exclamaciones, interrogaciones y puntos suspensivos. Puchkine se atrevió á hablar algo menos embozadamente en su oda á la *Libertad*, y la juventud literaria se congregó en torno suyo; pero el gobierno intervino y envió al atrevido cantor al destierro, en que estuvo seis años. Cuando se disolvieron las sociedades secretas, Mickievicz fué internado en Rusia, y en la fracasada intentona de mil ochocientos veinticinco, Ryleyef pagó con la vida su amor á las ideas liberales.

En el período de opresión que siguió á estos acontecimientos, produjéronse cambios inesperados en el espíritu de los poetas. En quien mejor pudo notarse la metamorfosis fué en Puchkine. El emperador Nicolás le había levantado el destierro y nombrádole chambelán, queriendo, á lo que se supone, desacreditarle en el concepto público. Puchkine, se añade, comprendiendo la intención del Czar, rehusó presentarse en la corte; mas Nicolás le dió á elegir entre el Cáucaso y la obediencia, y faltando resolución al poeta para mantenerse firme, se las compuso de manera que satisfizo los deseos del Emperador. Durante su destierro, Puchkine había comenzado la especie de novela en verso intitulada *Onegina*, que es la más famosa de sus obras, continuándola más adelante, si bien, en lugar de conservar el carácter de narración trágica ordinaria, que tenía al principio, le imprimió tendencia parecida á la del *Don Juan*, de Byron. Posteriormente, escribió multitud de poesías líricas, donde describe todas las fases de su vida exterior, por lo que vienen á constituir como su biografía poética, y, por último, renegando de sus ideas anteriores, convirtiéndose en panegirista del poder moscovita, abogando por la sujeción de Polonia. Los liberales rusos se apartaron con disgusto de Puchkine, de cuyos poemas dijeron que caían en el olvido, «devorados por el Espíritu del mundo», y los polacos trataronle en lo sucesivo como enemigo de su patria. Mickiewick atribuyó el cambio de Puchkine á envilecimiento de su carácter: «después de haber perdido, decía, sus ideales, se ha encerrado en la indiferencia y el egoísmo, procurando aturdirse para olvidar el sentimiento de su caída con las excitaciones desenfrenadas del juego y los sombríos placeres de las orgías nocturnas».

El reinado de Nicolás, no obstante lo expuesto y á pesar de los rigores de la censura, es uno de los períodos más fecundos de la literatura rusa: fúndanse revistas; en la poesía, además de los nombrados, brillan Lermontof, Koltsof y otros; cobra grandes vuelos la comedia de costumbres con Gogol, Griboidof, Ostrowski, y, sobre todo, se forma una escuela de excelentes novelistas, como el mismo Puchkine y el citado Gogol, Gontcharof, Sollohub, Gregorovitch, Pisemski, Dostoïevski y Turguenef.

Después de mil ochocientos quince, hubo en los tres Estados escandinavos un notable

florecimiento literario, que empieza algo antes, pero que toca entonces á su apogeo, y aunque cada literatura se desenvuelve separadamente de las otras dos, en medio de su diversidad, y en parte á causa de ella misma, todas presentan ciertos rasgos y caracteres comunes.

En Suecia, á principios del siglo, se disputan el triunfo los clásicos supervivientes de la época de Gustavo III, muy devotos del gusto francés, y los innovadores ó románticos. Entre estos últimos, hay á su vez dos corrientes: la del *fosforismo*, así llamado del nombre de un periódico cuyas doctrinas hacen recordar las de los románticos franceses, y la denominada *gótica*, cuya tendencia es principalmente histórica y nacional. La lucha, muy viva en sus comienzos, entre los partidarios de estas distintas escuelas, perdió poco á poco su carácter violento, atenuándose las diferencias que separaban á los combatientes, con lo que la literatura sueca elevóse á su mayor grado de esplendor, estando representada por escritores de primer orden en todos los géneros, excepto en el dramático. No es fácil averiguar la razón, mas es lo cierto que Suecia no ha tenido nunca autores dramáticos comparables á sus novelistas, y menos aún á sus poetas líricos. Entre los clásicos debemos citar á Ch. G. Leopold, cuyas obras más importantes pertenecen al período anterior, y á Ch. M. Franzen. Wallin, conocido principalmente por sus salmos, ocupa una posición intermedia entre académicos y románticos. El campeón más ilustre del *fosforismo* es Atterbom; y en el grupo *gótico* descuellan Stegnellius, Geijer y Tegner, el mayor poeta de la Suecia propiamente dicha, aunque no el más grande que escribiera en sueco, honra que corresponde á F. L. Runeberg, que nació y vivió en Finlandia y que, por sus aficiones, recuerda á Andrés Chenier y á Hugo Foscolo, siendo como ellos apasionado de la antigüedad griega. Casi todos los poetas mencionados manejaron también la prosa con elegancia, soltura y corrección, figurando á su lado dignamente novelistas de relevante mérito, como Crusenstolpe, Augusto Blanche, Federico Bremer y Almgvist, cuya imaginación y cuyo gusto influyeron mucho en las generaciones siguientes.

Dinamarca, diferenciándose en esto de Suecia, cuenta con una literatura dramática bastante rica. Oehenschläger, el más eminente de sus dramáticos, da á la escena una serie de composiciones cuyos asuntos pertenecen casi todos á la antigua historia del Norte. Esta es también la inspiradora de los novelistas dinamarqueses, especialmente de Ingelmann. Heiberg escribe comedias que el público aplaude y otros autores imitan; Blucher sobresale en la pintura de las costumbres campesinas, y Andersen publica los célebres cuentos que le han conquistado fama universal.

El progreso literario no alcanza en Noruega las proporciones que en Suecia y Dinamarca. Sin embargo, no faltan tampoco en este país escritores muy apreciables, como, entre otros, los poetas Vergland y Welhaven y la novelista Camila Collet. Es, además, notable la literatura noruega de la época por los esfuerzos que hace para adquirir

carácter independiente y nacional. Tal es el rasgo común de las tres literaturas escandinavas. Ahora bien, las tradiciones de los tres reinos se derivaban de la misma fuente, y como, de otro lado, habían depuesto su ambición política Suecia-Noruega y Dinamarca, la animosidad existente entre estos pueblos fué reemplazada por un sentimiento nuevo, el *escandinavismo*, forma particular y extensión del espíritu de nacionalidad. En una fiesta universitaria que se celebró en Lund, en mil ochocientos veintinueve, Tegner, dirigiéndose á Oehenschläger, pronunció las célebres palabras: «Ha pasado el tiempo de las divisiones». Créese, generalmente, que en este momento nace el escandinavismo; pero, en realidad, la frase de Tegner es efecto y no causa de la nueva aspiración.